

# Diario de Lecturas

ENTRE 1968 –año significativo en la evolución de las nuevas generaciones– y 1974, fecha en la que empezaba a decantarse el balance negativo de lo sucedido, se dieron en nuestro país una serie de fenómenos aislados en el terreno de la literatura, algunos de los cuales cerraron definitivamente viejos caminos ya gastados, y otros intentaban –y consiguieron– abrirse hacia adelante en busca de otros nuevos. Cuatro nombres de otros tantos escritores no necesariamente relacionados entre sí, pero que mostraban ciertos caracteres comunes, podrían resumir esta etapa de crisis y renovación, por encima de los resultados finalmente alcanzados: Rafael Sánchez Ferlosio, Juan Benet, Agustín García Calvo y

# Agustín García Calvo, narrador

➤ Rafael Conte

EN 1968 lenta y trabajosamente se empezaba a distribuir una primera novela de un autor casi desconocido –sólo había publicado una obra teatral en una revista, *Max*, un ensayo, *La inspiración y el estilo* y los relatos inventados de *Nunca llegarás a nada*– Juan Benet, *Volverás a región*, cuyo impacto en la narrativa española posterior sería después indiscutible. Aquel mismo año, Rafael Sánchez Ferlosio empezaba a abandonar un proyecto gigantesco en su intención en el que había trabajado durante años, y que luego –mucho después– conoceríamos fragmentariamente y en estado de gloriosas ruinas bajo el título de *El testimonio de Yarfoz*. Cuando este mismo escritor publica en 1974 *Las semanas del jardín*, para aclarar y aclararse el sentido de las pa-

Agustín  
García Calvo



más soso en principio– es lo que se vende, lo que entra en el mercado y aunque ello sea malo, no deja de tener sus ventajas, como la de, por ejemplo, recibir un premio Nacional de Literatura en la categoría de ensayo –lo que hizo García Calvo el año pasado por *Hablando de lo que habla*– pues algunos grandiosos casos como el *Quijote*, muestran que también la prosa de ficción sirve para la subversión.

Casi todos estos cuentos, los de *Eso y ella* y los de *¿Qué coños?* hablan de las mujeres, de la mujer, esa capacidad natural de asumirlo y destruirlo todo que a García Calvo fascina y aterroriza a la vez, y no solamente de ellas, sino que en último caso se intenta que sean ellas las que hablen, o sobre todo, que hable su sexo, su “boca muda”, que no hace más que hablar en silencio, y servir de

Juan Benet, Agustín García Calvo y Miguel Espinosa ejemplifican, cada uno por su lado, lo más alto y característico de las letras españolas de aquellos años, en los que también se clausuraba definitivamente el realismo social comprometido, se extraviaban muchos intentos experimentales, se consumía a chorros la nueva novela latinoamericana, se ampliaba la recuperación de la narrativa del exilio y algunos nombres mayores —Cela, Delibes, y sobre todo Torrente Ballester— se aventuraban por nuevos caminos más arriesgados.

Este mismo año, 1974, ve la aparición de otras dos obras singulares: la primera, *Escuela de mandarines*, de Miguel Espinosa, un aerolito narrativo cuya arriscada peculiaridad enmascaraba sus aspectos geniales, que todavía hoy seguimos discutiendo, cuando los recientes relatos póstumos de *La fea burguesía* tropiezan con algunas reticencias que sólo muestran su estólida ignorancia y alienación; la segunda, ese extraño conjunto de *Las cartas de negocios de José Requejo*, un libro que no por ser verdad dejaba de poder ser leído como una ficción candente, del maestro de rebeldías, exiliado y rabiosamente heterodoxo, represaliado y reciente y sorprendente poeta con el inolvidable *Sermón de ser y no ser* (1972), que añadió o reveló la vertiente fundamentalmente literaria del ensayista y panfletario que era Agustín García Calvo. Algunos hablamos de aquellas *Cartas* como si se tratara pura y simplemente de una novela, tanta era la necesidad que teníamos de que todo aquello cambiase de una vez.

Ya sabemos a estas alturas lo que pasó, cómo los cambios transcurrieron de otra manera, cómo sólo Juan Benet alcanzó su propia envergadura de narrador excepcional contra viento y marea, mientras Espinosa falleció inesperadamente, Sánchez Ferlosio abandonó el territorio conquistado, y Agustín García Calvo, empeñado en una rebelión cada vez más

exasperada, multiplicaba su literatura pero desconfiando siempre de lo narrativo. Pero aquellos nombres respiraban, pese a su dispersión, ciertos aires comunes que no han dejado de producir buenos estragos entre los mejores: exigencia de la estética, inspiración y sabiduría clásicas, presencia del discurso intelectual y cierta ambición de absoluto; transformación y presencia de otro compromiso, desde luego.

Tal vez el más comprometido de todos fuera —y es— Agustín García Calvo, desde luego, que ahora reincide en la narrativa de ficción con este penetrante conjunto de relatos, *¿Qué coños?*, de título tan significativo como provocador, al

que acompañan dos textos teóricos, un breve prólogo sobre la forma elegida —la prosa de ficción— y una charla final sobre su contenido, la mujer como inspiración de todo y como germen de la rebeldía total. Ya en 1987 García Calvo nos había entregado sus seis primeros ensayos de ficción narrativa con *Eso y ella*, donde, sin embargo, no dejaba de proclamar su desconfianza hacia el género. Para este escritor, lo importante eran la poesía y la razón —esto es, la verdad— aunque su intento era el de “desliteraturizarlas”, para que “no sean mera letra” alienada por el Sistema o el Poder, sus bestias negras de siempre. Pero de hecho, la prosa —que siempre es algo mucho



hablar en silencio, y servir de coartada para toda suerte de manipulaciones, alienaciones, faltas de respeto e inversiones de la verdad en nombre de esa Realidad que siempre es Mentira. Ya sabemos que el mayor atractivo de García Calvo como escritor es el del combate radical a partir de las formas más clásicas posibles: ahí es nada, hacer que la subversión surja de los yambos y troqueos. Y aquí reconoce que el narrador es como un “médium” habitado por la pasión política a través del sexo, esto es, de la mujer, de la separación, de la “herida” que nos revela el mundo.

Todo cae a su paso, la proclamación del sexo como “sagrado” por “desconocido”, la medicina y la lingüística, las denominaciones como poder, la alienación de las mujeres por la dominación que en el fondo nada domina, aunque lo disimule, los dos polos del matrimonio y la prostitución, y aquí se enuncian la aversión, la angustia y el terror del hombre ante el sexo de la mujer. Pero García Calvo no pone los pies en polvorosa, sino que proclama a esa misma mujer como placer ciego, amnésico, inútil, verdadero, pero a la vez como infinitud, indefinición y pérdida que corroe al Poder como nada en el mundo. El triunfo posible de la revolución perdida. ¿Cómo no leerlo?

### ¿Qué coños? (5 cuentos y una charla)

Agustín García Calvo

Editorial: Lucina. Madrid, 1990.  
192 páginas. 800 pesetas.